

Regateo por el bien común

Fray Michael Lasky, OFM Conv.

Publicado por primera vez en *San Bonaventura Informa*, la revista mensual de la Pontificia Facultad Teológica de San Buenaventura (*“Seraphicum”*) – *seraphicum.org*.

Después de haber quitado de mis labios la evidencia de la leche de un capuchino matutino, salí al aire fresco de Arezzo. En poco tiempo me encontré caminando bajo las tiendas de lona y los pasillos arqueados de un mercado de antigüedades. La gente admiraba los numerosos objetos que consideraban *“la sazón de la vida”*, mientras yo observaba los intercambios intensos entre vendedores y compradores.

Entonces escuché una voz sobre el rumor del mercado. La voz era de un hombre hablando por su teléfono celular, compartiendo su conversación no solo con los asistentes del mercado sino también con las figuras estoicas en las pinturas que lo rodeaban en medio de una exhibición de arte. Su voz subió de intensidad acompañada del frenético y constante gesto de su mano izquierda. Justo cuando anticipé una explosión, él respiró hondo y colocó su teléfono celular en una mesa auxiliar antigua. Ahora libre de estorbos, fui testigo de la gesticulación incontrolable de sus manos y brazos, mientras desataba una serie de improperios/insultos hacia el desprevenido teléfono celular.



Eran palabras que habrían causado que los padres de niños pequeños los apresuraran, mientras que las otras personas que miraban respondían con un movimiento de la cabeza en desaprobación o un asentimiento de afirmación. Las palabras tenían una fuerte carga política y racista, antiinmigrantes y anti negras, transformando el entorno natural de un mercado en un pozo oscuro de división tóxica.

Este momento en el mercado me recordó una historia que se cuenta sobre la visita de San Francisco a Arezzo. Tal vez fue

en un día fresco como el del mercado de antigüedades, que rápidamente se caldeó en un ambiente de sentimientos desenfrenados y prejuiciosos. En una pintura de la visita de Francisco a la ciudad, la figura principal es el hermano Silvestre, parado afuera de la puerta de la ciudad con el brazo levantado mientras expulsa demonios de la ciudad. Francisco se arrodilla, cerca de él, en oración apoyando este exorcismo.

Mirando hacia atrás, 800 años, a través de los lentes de esta pintura medieval con sus metáforas y simbolismos, llegamos a comprender que los verdaderos demonios de la ciudad de Arezzo eran los de la división social, económica y política entre los residentes locales.ⁱ Parece que estos demonios de la división, expulsados de Arezzo por Silvestre hace tanto tiempo, han venido a establecerse hoy en hogares, pueblos, ciudades y países de todo el mundo. Estos se manifiestan ahora como los fantasmas de la polarización política.

Sí, nuestra vida política está poseída. Se supone que la política nos ayuda a lograr colectivamente objetivos significativos que no podrían realizarse individualmente. Para lograr este bienestar general, el proceso político está necesariamente marcado por la negociación, el debate y la legislación, como el regateo en un mercado de antigüedades. En nuestro mundo actual, esta *sazón* del mercado se ha convertido en el pozo oscuro de la división, que se ha vuelto tan profundo que polariza a familias, amistades y vecinos en campos intransigentes, que demonizan al otro para justificar sus propias perspectivas, políticas y prejuicios.

Para entender el racismo hay que entender que se basa en el uso del poder para controlar a un grupo. Es una premisa falsa en la que se cree que un grupo es superior y el otro grupo inferior en función del color de la piel, el idioma y la etnia. Todas estas cosas todavía existen hoy. Esta actitud de superioridad conduce a pensamientos y acciones que a primera vista no parecen racistas pero que están intrínsecamente arraigados en el prejuicio. Este racismo del corazón, reconocido o no por el individuo, se convierte en



prejuicio comunitario y social que nos hace a todos cómplices en algún nivel. Esto sucede en relación con la vivienda y la educación justas, las políticas de inmigración y reubicación de refugiados, y los múltiples problemas de nuestros sistemas penitenciarios.ⁱⁱ

El hermano Silvestre fue un fraile que vivió en Arezzo durante la época de Francisco. En la pintura él levanta la mano en un gesto de predicación. Él predica contra la división de las personas de la

ciudad, dos grupos, cada uno creyéndose superior al otro. Como el hombre en el mercado que le gritaba a su teléfono con gestos salvajes, la gente del Arezzo medieval habría levantado sus manos en señales degradantes de disgusto hacia el otro. Ante esto Silvestre responde predicando contra el fantasma del racismo en el corazón y la mente de las personas. Él ofrece a la población el Evangelio alternativo del amor a Dios y al prójimo.

Al mismo tiempo, Francisco cae de rodillas en apoyo orante del exorcismo realizado por Silvestre. Este caer de rodillas en oración se convierte en una acción justa de apoyo, a través de la amistad, que defiende la vida y la dignidad de todos los seres humanos a través de la vivencia de los mandamientos del amor a Dios y al prójimoⁱⁱⁱ. Mientras Jesús se inclinaba ante el Padre en oración, se arrodillaba ante los pobres y los que sufrían discriminación social, llamándolos amigos.

Hoy ignoramos los demonios de la división política al no discutir ciertos temas en la mesa porque los acalorados desacuerdos se han vuelto inevitables. Tal evasión, sin embargo, solo engendra los fantasmas más peligrosos de la polarización en nuestros hogares y lugares de trabajo. En esta vasta separación entre las personas, se vuelve fácil y con el tiempo incluso parece natural degradar y demonizar cualquier palabra, acción o persona que se encuentra en el lado opuesto. Tal racismo también conduce a una pecaminosidad de omisión por la opción de permanecer en silencio ante la injusticia racial^{iv}.

Otra mesa donde el pecado de omisión tiene gran influencia es en nuestras iglesias, en nuestro fracaso para nombrar a los demonios y predicar como lo hizo Silvestre en su tiempo. Los frailes me han confiado cómo temen que predicar la enseñanza social de la Iglesia, en el contexto del Evangelio, sería visto como demasiado políticos y abriría una brecha en sus ministerios, provocando una división irreparable. Tal predicación, sin embargo, contextualiza las cuestiones políticas partidistas en los problemas morales que realmente son. *¡La cuña de división ya existe!* En lugar de causar conflicto, nuestra predicación del Evangelio puede servir para descubrir, para nombrar los fantasmas de la polarización que se han alojado en nuestros corazones, en nuestras comunidades y en nuestras estructuras sociales. Entonces podría comenzar el difícil proceso de curación y las relaciones podrían restaurarse.

Como los antídotos contra los venenos a menudo se originan en el mismo veneno, el antídoto para nosotros hoy es comenzar hablando de política en la mesa. No más silencio o evasión temas sensibles. En cambio, nosotros necesitamos comidas más largas donde se

puedan hacer matices y distinciones, en las que un discurso civil con una esperanza de compromiso pueda una vez más volver a encontrar un hogar. En este tipo de espacio, las diferencias de opinión fortalecen las relaciones en lugar de romperlas, como un buen regateo en el mercado de antigüedades.

Mercados de antigüedades, como el de Arezzo, pueden servirnos hoy como escuela de discurso civil. Al participar y aprender del regateo en el mercado y el intercambio de bienes, podemos descubrir que la verdadera *sazón* de la vida no es el objeto regateado sino el regateo mismo. En estas conversaciones de compromiso, existe la comprensión de que lo que es bueno y justo para ti también puede ser bueno y justo para mí. Con esta actitud de respeto por los demás y por uno mismo, podemos expulsar los demonios de la división que se encuentran dentro de las conversaciones sociales, económicas y políticas de nuestras mesas, al tiempo que agregamos la *especia/sazón* más importante del mercado de antigüedades regateando por el bien común.

ⁱ The World of St. Francis of Assisi: Essays in Honor of William R. Cook, p. 54.

ⁱⁱ Open Wide Our Hearts: The Enduring Call to Love - A Pastoral Letter Against Racism. United States Conference of Catholic Bishops, November 2018, page 5. <http://www.usccb.org/issues-andaction/human-life-and-dignity/racism/upload/open-wide-our-hearts.pdf> (accessed December 16, 2018). See *Catechism of the Catholic Church*, no. 1869.

ⁱⁱⁱ ver Compendium of the Social Doctrine of the Church, no. 132.

^{iv} Open Wide Our Hearts: The Enduring Call to Love - A Pastoral Letter Against Racism. United States Conference of Catholic Bishops, November 2018, page 4. <http://www.usccb.org/issues-andaction/human-life-and-dignity/racism/upload/open-wide-our-hearts.pdf> (accessed December 16, 2018).